FL 03 52

Griego II, tema 27, ejercicios prácticos sobre el tema 27. Por los profesores José María Lucas de Dios, Pedro Madras de la Peña y Conchita Morales Oltavo. Al iniciar hoy nuestra tarea nos encontramos con el duro escollo que supone dentro de la lengua griega la familiarización con las oraciones temporales y condicionales.

Las primeras podemos agruparlas con cierta facilidad, ya que sus usos son claros. Las condicionales, en cambio, se convierten en una auténtica pesadilla para el traductor. Intentaremos hoy clasificar con claridad los tipos de oraciones y la manera más adecuada de pasarlas al español.

A continuación pasaremos a conocer la tragedia griega, valiéndonos de Antígona. Intentaremos hoy, y en días sucesivos, estudiar la estructura de una pieza teatral griega. El texto que nos servirá como base para comentar ejemplos será el mismo que ya hemos trabajado en esta lección, es decir, el pasaje correspondiente al enfrentamiento de Creonte y Emón.

Tendremos, por tanto, la segunda antología griega abierta por las páginas 71 y siguientes. En primer lugar vamos a examinar algunos de los ejemplos de oraciones condicionales que aparecen en el texto. En los versos 659, 679, 681, 719, 724 y 728 nos encontramos con diversas oraciones introducidas por la partícula ey y el modo indicativo.

En el verso 659 tenemos el futuro frepso, que pertenece al presente trefo. En el 681 vemos perfecto de clepto, que clemmeza. En 719 tenemos el presente prosesti, y en 724 legei, también presente.

En 728 podemos sobreentender con facilidad eymi. Todos estos ejemplos pertenecen, por lo tanto, a las que hemos llamado oraciones condicionales reales. Su traducción no debe ofrecer dificultades al tener una correspondencia perfecta en español.

Vamos ahora a traducir cada uno de los citados ejemplos. Así, en el verso 684 leemos eymeto chrono que clemmeza y traducimos si no somos engañados por la edad. En el 724 leemos eytikaidion legei y podemos traducir si dice algo oportuno.

Algo parecido podemos encontrar en el verso 719, donde nos dice el texto gnomegar eytiskatemu neoteru prosesti y que traducimos si hay en mí, aunque sea más joven, una pizca de juicio. Más dificultades puede encontrar el traductor en el ejemplo del verso 755. Tenemos también aquí, como en los casos anteriores, la partícula ey y el modo indicativo.

Como vemos en el imperfecto esth. Sin embargo, la oración principal o apodosis eypon ansuk euphronein la encontramos con la partícula an y un tiempo de pasado, eypon, que nos indica que estamos ante un tipo muy distinto de oraciones condicionales, ya que al tratarse de tiempos de pasado tenemos que pensar en las llamadas oraciones irreales. Se trata en este

caso de una irreal de presente, como nos lo indica el imperfecto esth, que aparece en la subordinada.

Es este el que en realidad determina el tipo de oración, aunque en la apodosis, como en nuestro ejemplo, encontremos el auristo. En español, por tanto, traduciríamos esta frase de la siguiente manera. Si no fueras mi padre, diría que estás loco.

El texto de Sófocles que estamos examinando no nos ofrece más ejemplos de otros tipos de oraciones condicionales. Nosotros, valiéndonos de los ejemplos ya estudiados, vamos a intentar otros tipos de condicionales para que nuestra visión sea más completa. Así, si en el verso 724 hemos encontrado una oración real, donde sobreentendemos la forma verbal sti en la principal, es lógico que tú aprendas, escuches, si dice algo oportuno.

Podríamos pasarla a eventual, cambiando la partícula ei por ean, y el indicativo por subjuntivo, en el caso de la subordinada. En la principal, cambiaríamos el presente por un futuro, ya que este es el tiempo usual en este tipo de oraciones, alternando con imperativo. La frase completa quedaría, y la traducción será, será lógico que tú escuches en el caso de que diga algo oportuno.

Si es que dice algo oportuno. Vamos ahora a comentar algunos ejemplos de oraciones temporales, para completar así el estudio de la lección correspondiente. Como el texto de Sófocles tampoco nos ofrece ejemplos de este tipo de oraciones, nos valdremos de otros sencillos que repetiremos, para que el alumno llegue a familiarizarse con ellos, aunque no los tenga adelante.

Así, por ejemplo, en la siguiente frase, que se traduce, cuando mueras te recibirá una tumba, tenemos una oración temporal introducida por la partícula jotan, partícula compuesta por jote ian, y el modo subjuntivo, y que corresponde a lo que llamamos oraciones temporales que indican acción repetida en el presente, pensada o futura. Otro ejemplo podría ser, Repetimos. Traducción, cuando los entornos xenofontes vieron el mar, no se produjo un gran griterío.

Tenemos el tipo de las oraciones temporales estudiadas en el tema, introducidas por la partícula epei, y ahoristo indicativo, indicando simultaneidad en la acción. Es el tipo que presenta menos dificultades a la hora de traducir el español, por su correspondencia exacta con nuestras oraciones temporales. Para terminar, vamos a ver algunos ejemplos de construcciones temporales introducidas por la partícula prin.

Tomemos, por ejemplo, esta frase. Las formas peinen y dipsen corresponden a infinitivos de los verbos contractos peinao, tener hambre, y dipsao, tener sed. Repitamos la frase.

Y traducimos. Muchos, antes de tener hambre, comen, y antes de tener sed, beben. Donde vemos que al depender la frase introducida por prin de una principal afirmativa, stiusin y pinusin, el verbo regido por la partícula prin va en infinitivo.

En este caso, los infinitivos ya mencionados, dipsen y peinen. En la segunda parte de los apoyos

radiofónicos a las unidades 27, 28 y 29, conforme al método seguido, ofreceremos distintos comentarios de la Antigona de Sofocles, tomando siempre como apoyo la lectura de textos. Vamos a tratar, pues, de dar una interpretación general de la Antigona partiendo de las diferentes fases de composición de la pieza.

La traducción de los fragmentos corresponderá a la de Benavente Barrera, publicada en Hernando Madrid, 1971. Remitimos igualmente al artículo de Rodríguez Abrados, Religión y Política en la Antigona, publicado en la revista de la Universidad de Madrid en el año 1964, páginas 493 y siguientes. Recordemos primero el contenido general de esta tragedia antígona, tragedia estrenada entre el 442 y 441 a.C. La obra viene a desarrollar, en un determinado plano, el mismo motivo de otra tragedia sofoclea, el hallante, el derecho de todo hombre a una sepultura.

En Antígona han muerto a quien se quiere privar de ella, esta es Polinices, el desterrado que quiso conquistar su propia patria, Tebas, luchando contra su hermano, Eteocles. Quien defiende el derecho del proscrito es quien más obligación tiene de ello, por los lazos de sangre, su hermana, Antígona. El conflicto se va a agudizar porque quien proclama la prohibición es el tirano Creonte, que no cede, como tampoco cedía Agamenón, en la tragedia hallante.

El resultado es la ruina que se va a precipitar sobre Creonte, cuyo hijo, Hemón, enamorado de Antígona, se suicida, como se suicida también su propia esposa, Eurídice, para quedar él en la más absoluta soledad. Esto es sólo una cara de la tragedia. La otra es el suicidio de Antígona, enterrada viva en una cueva por orden del tirano, cuyas órdenes Antígona ha intentado desafiar.

La tragedia sofoclea tiene dos caras. Por un lado la heroína, Antígona, que trata de cumplir la ley divina y ancestral, pero que al tiempo choca con la ley humana, la del gobernante. Por otro lado, el rey Creé, a actuar honradamente en beneficio de la colectividad, condenando al traidor muerto, a Polinices.

Mas al olvidar las obligaciones religiosas, lo primero en la mente del poeta, resulta arruinado y hundido con un castigo peor que la muerte misma. Tenemos así el tema del dolor incomprensible de la vida humana y el tema del castigo del impío. Pero aún este impío no debe ser entendido como un déspota irracional, sino como un hombre que se equivoca radicalmente cuando cree cumplir con su deber.

Lo mismo que Edipo cuando inconscientemente pone en marcha el mecanismo que acabará destrozándole. Sofocles, en su tragedia Antígona, viene a criticar el ideal de autonomía del hombre, que puede chocar con principios de tipo religioso. E introduce el tema del nuevo heroísmo, que consiste en sacrificarse por esos principios, sentados como eternos.

Se aproxima, pues, a un ideal de humanidad, que debe respetar toda política, pero, sin embargo, no formula los principios positivos de éste. A pesar de ocupar Antígona un papel central en la tragedia de su obra y de su nombre, y ser este personaje, aquel en torno a cuyas

decisiones gira la obra, Creonte resulta ser el otro polo decisivo. En efecto, considerada en su conjunto Antígona es, en gran medida, la tragedia de Creonte, que progresivamente va quedando aislado cuando todos se rebelan contra lo que él considera un acto racional propio de un gobernante.

Ya desde el principio de la obra, una vez que se han planteado brevemente el pretexto de la acción con la escena de Antígona e Ismena, e inmediatamente después de la entrada del coro que canta la derrota de Polinices y la salvación de Tebas, hace su aparición Creonte, cuya resis de presentación es el discurso propio del gobernante que desde su poder es consciente de la responsabilidad de tomar decisiones en bien de la ciudad. Creonte, en estos versos, considera que el peligro ya ha pasado. Polinices ha muerto.

Ahora sólo resta castigar al traidor que intentó marchar contra su patria. Por ello estima que su decreto de no dar sepultura al muerto debe ser acatado como un acto de ciudadanía por todos y sin excepción. Dice Creonte, Ciudadanos, con firmeza enderezaron los dioses de nuevo los asuntos de la ciudad, tras haberlos agitado con gran oleaje.

A vosotros os hice yo venir, por mis mensajeros, a partes de todos los demás, pues bien sé cómo siempre respetasteis al Hayo y a su trono, y cómo después, cuando Edipo murió, os mantuvisteis junto a sus hijos, con ánimo adicto. Ahora, después que aquellos en un solo día murieron, cumpliendo su doble destino al herir y ser heridos por el mutuo crimen de sus manos, tengo yo ya todo el poder y el trono. Para mí, quien gobernando toda una ciudad no se atiene a los mejores propósitos, sino que, por miedo de algo, mantiene su boca en silencio, es el peor de los hombres, hoy y siempre.

Y el que tiene en más a un ser querido que a su propia patria, nada es a mis ojos. Más adelante, continúa Creonte haciendo pública su decisión. Voy a intentar engrandecer esta ciudad.

Ahora he hecho una proclama acerca de los hijos de Edipo. A Eteocles, que murió combatiendo por esta ciudad, tras destacar por su lanza, que se le sepulte en una tumba y se le cumplan cuantos ritos siguen a los valientes muertos bajo tierra. Al hermano de este, en cambio, a Polinices digo, el que la tierra de sus padres y dioses de su país quiso arrasar con fuego al volver del destierro y quiso beber la sangre de los suyos y a estos esclavizar, a este ha sido proclamado a la ciudad que nadie le honre con una tumba ni le llore, sino que le dejen insepulto y sea su cadáver comido y mutilado por los perros y las aves.

Tal es mi manera de pensar y nunca los malvados recibirán de mí honores con preferencia a los buenos, quien en cambio, bien dispuesto esté para la ciudad, será honrado igual por mí, muerto o vivo. Tras estas palabras, tiene lugar la escena del mensajero. En esta ocasión, uno de los guardianes del cadáver de Polinices que viene a dar la noticia a Creonte de que alguien ha trasgredido su orden.

La reacción de Creonte es inmediata y totalmente coherente con el pensamiento traslucido en su primera intervención, la que acabamos de leer hace un momento. Ante la breve reflexión del

Corifeo que apunta a una posible intervención de los dioses, la irritación de Creonte crece, pues no alcanza a comprender que nadie, y menos los dioses, se apiaden de los traidores. En esto no debe verse nada de extraño, ya que era costumbre de Atenas que los traidores no pudieran ser enterrados en la ciudad.

Esta tradición la recoge igualmente Platón en las leyes cuando prescribe que los elementos totalmente irrecuperables, filosóficamente y religiosamente para su estado ideal, sean, además de condenados a muerte, excluidos de la sepultura de la ciudad. Sin embargo, el elemento nuevo que introduce Sófocles para hacer excesiva la resolución de Creonte es excluir por completo la posibilidad de honrar al muerto, incluso fuera de las fronteras. Las palabras de Creonte al Corifeo revelan su seguridad en sí mismo, seguridad que acabará por conducirle al desastre, pues, en parte sin quererlo, le hace incurrir en una posición blasfema.

Dice Creonte al Corifeo, en Antígona 280 y siguientes. Cállate. Antes de que me llenes de cólera con tus palabras, no sea que a la vez te muestres insensato y viejo.

Dices algo intolerable al decir que los dioses se ocupan del muerto. ¿Acaso honrándole como a Bienhechor le enterraron a él, que vino a incendiar los templos y ofrendas y a destruir la tierra de ellos y las leyes? ¿Es que ves que los dioses honren a los malvados?